

Elías Letelier

Poemas

Éxodos y Retornos

(elegía)

¿Cómo te llamas tú?
¿María Leal, la errante?
¿María Angélica Leal, la viajera?
¿María, la muerta?
¿Cómo te llamas tú?

Una gota que cae a las planicies del mar
pierde el registro de su cristalino nombre
y transforma en una oceánica multitud.

Todos acudimos a esta danza
y nos levantamos sin rastros, mustios,
como las voces de la lluvia
que no vuelven del mar
y retornan, en otra travesía,
al ejercicio circular de los nacimientos.

Los frágiles ríos transparentes,
por ejemplo,
donde las majestuosas serpientes fluviales,
que apresuradas desaparecen
en las mandíbulas subterráneas de los bosques,
vuelven a reemprender el ritual de sus viajes
en los campanarios de las flores suspendidas
o en los enmarañados ponchos de la clorofila.

Nuestros pies,
cuando se cansan,
tropieza en el mismo cuarto,
pero nada desaparece del corazón de la mujer
y del hombre que permanecen:
amando vivimos en un círculo perfecto
que nos permite alcanzar la paz.

Sólo basta con mirar el rostro de la multitud,
para saber donde están tus pasos
y entonces,
entonces,
entonces,
cuando pregunten por ti,
diré que Alfredo Labbe, sabe;
que la Myriam, sabe;
que la Marie y Patricio Ponce con su coro, sabe;
que la Catalina con su cubano, sabe;
que el Catoño sabe;
que Ramón Sepúlveda sabe;
o simplemente,
diré que estas en un rincón,
muy callada,
escuchando a la Nubia que canta.

Y cuando me canse de mencionar
tantos seres que te amaban,
al final,
después de Pablo y Gastón, y Gastón Leal,
miraré hacia la palabra taciturna de Luis Reyes
para que hable con toda su afonía.

Mas allá de las cenizas y el polvo,
prevalecen en los estantes del ojo
las arquitecturas que se levantan en el corazón
y nada se desvanece.

Y ahora,
que la tarde ha caído sobre tu rostro
y los retratos suben apresurados a las paredes,
no volveré a preguntar por tu nombre
y tampoco insistiré en tu rostro,
me quedaré ausente,
danzando sobre los peldaños de mi memoria
y allí,
en ese conclusivo vértigo
hablaré con tu silencio y mi silencio
y la tarde volverá a encender
su ritual de permanencia y despedidas.

Elías Letelier

Poemas

Abandono

Asisto al despojo del día
con su luto de marfil herido,
a la ausencia del que no volvió de la guerra,
que sin decir su nombre
quedó clavado en la monarquía del silencio.

Sin ser carpintero ni ir más lejos,
hago todo lo que pertenece al martillo:
me voy de golpe en golpe cantando
por el tajo abierto de la madera.

No tengo que cerrar los ojos
ni amanecer en la hoguera de la noche
para escuchar la navegada voz de la sal
que se ahoga en el imperio del agua.

Concurro al mundo sombrío del espejo,
al murmullo de una vasija rota,
a una figura estática que duerme
en la lengua metálica de un espejo roto;
pero, por sobre todo esos guijarros y derrumbes,
yo acudo a la ansiedad de una campana
que no puede sonar.

Elías Letelier

Poemas

Historia de la Noche: (Fragmento X)

X

Historia del vacío,
de una mueblería rota,
de un diminuto espejo
en un cuarto oscuro,
de un vértigo balanceándose
en el tacto de una espina,
arrastra la orgía de la campana
desde su pedestal de estatua
sobre los pilares de un columpio.

En los ojivales templos verdes
y andeles mojados de la selva,
la campana izó por la lengua de las madre selvas
la furia de un altar suspendido sobre un arquitrabe:
encumbró hasta la punta de una estaca
las libertades que había en el continente,
y con cabezas de indios decapitados,
apuntando hacia las extensiones mezquinas del cielo,
alumbró la magnitud del nuevo orbe.

La furia nupcial de la campana
y su lacónico tilde amarillo,
montó la huella vertiginosa de los ríos,
y por los peldaños del misterio de la llovizna,
rauda subió hasta la costura de los capiteles andinos,
arrastrando su industriosa vicaría de sables;
y entre la liturgia de aquellos que caían
apresurados por el miedo o el chantaje,
se transformó en bacteria cardinal de la teología.

En la asaltada copa de América,
la robusta lengua de la campana,
de zumbo en zumbo
fermentó con su azote.

En la gravedad de la gota
que retorna drogada por el aerotropismo
a los suspendidos arrecifes del cielo,
la campana subió como un cántaro nevado
hasta los extremos de los ponchos polares,
y desde las ventiscas glaciares de Chile
al gran norte canadiense de cenizas boreales,
quedó de guardia en el corazón de un copo de nieve,
hecha un retén de advertencias infernales.

La muerte, entonces,
fue el primer campanario
que anunció la llegada del cristianismo,
y por los andamiajes de América,
con rezos y espadas
la habían subido.

¿Y qué hizo con el hombre?

Caín de flechas quebradas,
mendigo en el domo de la vida,
calvario de pólvora y arcilla
que matando caía muerto
en los intentos de levantar
otro inmenso campanario.

¿Y qué hizo con el hombre?

Sobre peldaños de indios muertos,
sobre estertores de almas vacías,
de bulto en bulto subía la campana
con su sexo de horca metálica,
y mientras más alta su sanguinaria corporación,
más grande se hacía la uña púrpura
de los asexuados herederos del santo reino.

Fue de bronce,
de hierro híbrido,
de mandíbulas famélicas,
de navajas filudas
que ya habían pasado
por otros dormidos territorios,

pero, sobre todas las cosas,
su alcurnia no era pura.

En las hieráticas superficies de la tierra,
donde el indio del mundus novus,
después del rito de la colecta,
compartía el néctar del grano
y el ónice amarillo de sus tubérculos,
la campana con su clítoris y piernas de campana,
como un molino con sed de oro y sangre
embistió las rucas desnudas del continente:

En una orgía de sonidos dilutos
en las cuerdas vocales de los campesinos muertos,
orquestró una ardiente eucaristía de pillaje
y espiral saqueo sin fin.

El terrorismo de la campana
es el primer vocabulario de un púlpito
que engrasó con la desolación,
es un semáforo que ejerció a diestra y siniestra
el privilegio de un parlamento de servidumbre.

!Oh benedictus argumentum baculinum!

Después de las orgías de dioses y calendarios
fundidos en los dientes de las nuevas hogueras,
la campana estableció un rígido monopolio
sobre el volcánico temperamento del sexo,
imponiendo a los estatutos de los bosques
un nuevo orden de libertad.

¿Y qué pasó
con el sabio desnudo de América?

Allí quedó
sin memoria,
sin lengua y sin dioses,
con su ofrenda, sangrado
en el intestino meticuloso de una zanja,
donde, en otro arrebató, fueron instaladas
monumentales abadías de mármol,
malaquita celestial y otras piedras del paraíso,
para poder contar los quintales de oro
y levantar más campanarios
que salven a las almas perdidas

Elías Letelier

Poemas

El muelle

Y en el universo,
la curva del tiempo
es mucho más grande que una manzana,
se parece a una línea recta
que el hombre no quiere entender.

Allí,
antes que existieran
tus ojos,
"Dios",
la Coca?Cola
y el teléfono,
el universo tenía sentido:
era una lámpara, una manzana,
una fábrica de ladrillos;
era un canto vertido en una copa.

Sin embargo, el hombre,
parásito bajo el imperio del Sol,
al no poder descifrar su origen,
se llamó hijo de "Dios",
para creerse heredero del universo.

Elías Letelier

Poemas

El Calendario Prohibido: Octava II

Todas las tardes con sus resúmenes
son como un encendido cuarto sin luz,
y la perfección encadenada del nuevo día
con sus raíces de orígenes nocturnos,
también se encuentra en el mismo cuarto,
agarrada a los mismos rastros temblorosos,
bajo los pilares de la misma linterna,
para encender en tus ojos, la vida.

Elías Letelier

Poemas

El Origen del Fuego: Soneto LXIII

Dejo a las llanuras del olvido roer la memoria
y calmo insisto en degradar el vértigo del tiempo
hasta renunciar a cuanto amo y amando
volver a ser la idea de un extraño ser.

Exhausto subo a los límites de mi mordaza
y enroscado en la tutela amarilla de la tarde,
grito y tiemblo como el nervio de la esgrima
que en la punzada descubre una extraña quietud.

Amando, sin comprender como ha sido,
en las márgenes circulares de la imaginación
concluyo en los brazos del silencio, sin sus ojos.

Pregunto a mi pecho que oscila cubierto de sal,
pero las imágenes se quiebran en el alma
y continuo imaginario, ausente, sin luz.

Elías Letelier

Poemas

Mientras estabas durmiendo

(a Monique Girard)

Cuando pregunté por la noche,
alguien salió corriendo y gritó.

Tuve miedo.
No podía encontrar tus ojos:
todo estaba cubierto de hojas secas.

Grité:
¡Tráiganme la oscuridad!

Y después que la última luciérnaga
cayera ejecutada por una sandalia de plástico,
sólo vi al humo
colgando de un alambre,
mirando al vacío con estupor.

Una manzana pasó volando
y el aire clandestino, prófugo,
me acarició imitando al rocío
y cantando trajo, cauteloso,
tus ojos que dormían junto a mí.

Elías Letelier

Poemas

Estupor

Exhausto subo a los límites de mi mordaza;
grito y tiemblo como el nervio de la esgrima
que en la punzada descubre una extraña quietud.

Tus ojos, que fueron míos,
se marcharon disueltos en la lluvia.

Hurto a la brisa o el agua de los ríos
tu tacto y danzo, muy solo,
en el refugio de un tiempo que pasó.

¿Dónde estás?

Todo fue construido en rigor al desamparo,
para que tú y yo no fuéramos
sin mezquinas reverencias y permisos.
Anaquel Austral: **Virginia Vidal**

Elías Letelier

Poemas

Quietud

La piedra que sostiene mis pasos
guarda en su regazo de sedimentos
el léxico de prohibidos subterráneos.
Alguien golpea sobre una mesa
y nada se interrumpe.

El desequilibrio del cristal opaco que duerme
en un cúmulo de óseo abanico de sonidos,
por una estela de muscular monotonía de cenizas
descendió la cresta de una cuna volcánica
para custodiar las vigías de la permanencia.

Una mano rota deshilacha su ligamento,
mientras todo continúa.

En su posa de turbia albúmina,
la piedra persiste con su ejercicio de tendón
y nada se interrumpe.
Anaquel Austral: **Virginia Vidal**

Elías Letelier

Poemas

Negación

Con mi descolorida gorra de guerrero

voy pasando por la quietud del abandono.
Las casas han cambiado de color
y los árboles poseen una sombra distinta.

Camino por estos andurriales de silencio,
paso sobre la metástasis de las hojas muertas
y mi boca que olvidó tu nombre,
atascada en el crujido del paisaje
teje una grácil concesión de silencio,
más allá de las espurias sequías.
Anaquel Austral: **Virginia Vidal**

Elías Letelier

Poemas

Éxodos

Los seres avanzan hacia un horizonte
y son colonos de territorios descifrados
o torrentes que se sumergen en el esófago
de un monasterio de sequías.

A veces,
todas las hojas caen del árbol
y el paisaje queda desnudo.

La vida, entonces,
es la extendida procesión de un lago
que se desmorona por la fístula del éter;
su bulto mojado o estanque de llanos aéreos
es un famélico arsenal de bisagras amarillas
que cae al monopolio de una serranía de óxidos.
Anaquel Austral: **Virginia Vidal**

Elías Letelier

Poemas

Solitariedad

Todo es como las líneas del agua;
lo cristalino posee un oscuro origen
y la curvatura del diáfano horizonte
es bosquejo o lóbrega profundidad.

En el estanque de la asolada multitud
no hay nada ni nadie y el peldaño
de los árboles con sus guirnaldas de frutas
es una extraña osadía en el corazón.

De hinojos ante un maldito espejo
otero las líneas de la exactitud
y levanto planicies imaginarias,
más allá del extremo horizonte.

Mis fanales enciados por el tiempo
vierten su crespada geometría de dinteles
sobre las ralas extensiones de la ausencia:
la calma presume no estar y continúa
inmersa en los potreros de la absoluta lejanía,
como una nefasta renuncia
a todo lo que amo.

Anaquel Austral: **Virginia Vidal**